

## RETRATO DE UN POETA ADOLESCENTE

Antonio PEREIRA: *Cuentos de la Cábila*

SALVADOR GUTIERREZ ORDÓNEZ

(Universidad de León)

*Rey Lagarto*, Año XII, 48-49, 2001 (III-IV)

La Colección *Los libros de la Candamia*, dedicada a editar obras originales de autores leoneses, acaba de publicar *Cuentos de la Cábila*, de Antonio Pereira. Las condiciones editoriales han estimulado a un autor en plena madurez creativa a asomarse al pretérito. El resultado ha sido un libro singular en el que se conjugan memoria y literatura. No son buenas las mixturas ni los baciyeimos porque, si no media la maestría, al resultado le suele convenir el aforismo lógico: "ni uno ni otro, ni ninguno de los dos". Sin embargo, una acertada selección de temas combinada con el agudo instinto narrativo de Pereira le ha llevado a componer un libro perfecto. Un auténtico deleite para los sentidos y un regalo de aterciopelada finura donde el alma se recrea con luz no usada.

El libro es un manojo de XXXI relatos de corte autobiográfico donde el autor recoge anécdotas, acontecimientos vivencias en las que participa como agente, paciente o simple experimentador. El tiempo desenrolla su hilo a lo largo de su infancia, adolescencia y juventud en una época de enorme interés tanto desde el punto de vista histórico como literario: final de la Monarquía, República, Guerra Civil y primeros años del franquismo. El lugar, Villafranca del Bierzo, vista desde su barrio natal, más pobre, menestral y populista al "que llaman el Otro Lado, y más intencionadamente la Cábila".

No estamos ante un cuaderno de bitácora ni ante un diario en el que se relatan momento a momento, día a día, los acontecimientos, ni ante un puntual libro de ingeniosas crónicas villafranquinas a las que ya nos tiene acostumbrados. Son vivencias de otros tiempos tamizadas por el recuerdo y por la selección literaria. "La función esencial de la memoria -defendía W. James- es el olvido; de lo contrario, nuestro pasado nos abrumaría". Las imágenes que después de tantos años se perpetúan en el fondo del ojo suelen reaparecer coloreadas por el filtro sepia de la añoranza. En el libro de Pereira se recogen instantáneas e historias de una época, infancia y adolescencia, que constituyen el paraíso temporal de la vida. Pasados los rigores del momento, la contemplación es lejana, algo idealizada y siempre envuelta por tenues velos comprensión y de ironía.

Aunque en la base de cada capítulo se halle un recuerdo, tampoco se trata de un libro de memorias, sino ante una obra con voluntad literaria. Aquellas remembranzas ya filtradas por el paso de los años constituyen sólo la base, la sustancia vital que ha de entrar en una nueva factoría y sufrir un nuevo proceso de elaboración. En el género de las memorias el escritor está condicionado por un principio: la veracidad de los hechos. En el taller literario todo ocurre de otra forma. El relato o el poema no se construyen necesariamente sobre lo verdadero, sino sobre lo verosímil. El valor lógico queda muchas veces achatado en el yunque de la estética. Desde que el autor coloca el título "Cuentos" entramos en un mundo de ficción en el que el autor se convierte en demiurgo que maneja todos los hilos de la trama.

Sostiene Pereira en el primer mandamiento de su *decálogo para cuentistas* (*Me gusta contar*, 10), que "Lo primero es tener una historia que contar. Sin esto, nada". De todo el amplio abanico de experiencias de infancia y juventud selecciona peripecias con cierto gancho e interés novelesco. Algunas, como "La pernocta del general", ¡Manos arriba!", "La Orbea del coadjutor", "El protagonista", "El brazo secular", "Las adicatorias" o "Apariciones" tienen fuerza en sí mismas. En todas (Segundo y quinto mandamientos) el autor ha sabido profundizar y crear expectativa, tender trampas al lector. "El novelista experto -sentencia D. Norman- espera que usted construya una historia para, deliberadamente, hacer que interprete de modo erróneo los acontecimientos".

Cualquiera sea su parecido con la realidad, el capítulo "La Orbea del coadjutor" me parece un relato genial. Pereira, en aplicación del tercer mandamiento, ha sabido "extender la historia mientras no peligre el sagrado efecto único" del que habla Poe: las fiestas de Cacabelos, hipérbole en el ligue, la mentira piadosa para que el cura le preste la Orbea, la tensión del viaje, el baile prometedor, la picarona canción de moda que alentaba sueños sugerentes:

*Los negros trabajan mucho  
de la cintura pa abajo,  
por eso cuando se casan  
reniegan de su trabajo.*

Y, de repente, el clímax se quiebra porque el objeto llamado a transformarse en mediador mágico, la bicicleta, se convierte en estorbo. Primero, en el baile le roba la atención; luego se interpone en el paseo y, por último, en el portal de los adioses actúa como espinoso cilicio contra la concupiscencia. La Orbea pagó la decepción del lance: fue arrojada por un precipicio. El pobre coadjutor se quedaría sin bici y, para más *inri*, por una infamia tramada en el camino, se vería obligado al silencio por secreto de confesión.

Los *Cuentos de la Cábila* rezuman finura descriptiva en cada página. Una palabra, un inciso, un gesto, una sugerencia sutil se erigen en símbolos que desencadenan inferencias, que nos remiten a mundos intuidos. Todos los

relatos se hallan teñidos de esa fina ironía del noroeste que es demoledora con el petulante y comprensiva con el humilde. El desenlace de "La pernocta del general" en el que un pequeño tornillo sobrante desmonta la soberbia de Millán Astray es genial. La fina alusión a la vanidad ("voluntad de estilo") en los uniformes halla ejemplo soberano en el mismo Franco "que se mandó hacer un capote como de armiño que no figuraba en las ordenanzas" (p.45).

"Pereira sigue siendo un maestro del quiebro de los desenlaces, de los finales inesperados, del aprovechamiento del fragmentarismo", señala con acierto Nicolás Miñambres. A lo largo del relato abandona apuntes, observaciones intrascendentes, detalles marginales, lo que parece un contrasentido, porque en el relato breve no hay espacio ni tiempo para el éxtasis ornamental. Pero llega el final y un guiño inesperado arroja luz a todo el relato. Lo que parecía marginal queda hilvanado y tejido por un haz de relaciones que forman una estructura donde nada falta, donde nada sobra, "*où tout se tient*". Nos descubrimos ante el ingenio de su ardid y nos reconciliamos con ese mentiroso compulsivo que nos acaba de embaucar con su engaño. En "La ilustre casa de Pereira" nos mantiene en vilo durante casi tres páginas con una historia tan fantástica en la realidad como verosímil en el relato. El lector, atrapado por la constancia, por el aplomo y la finura de detalles, termina creyendo en la veracidad de la alcurnia portuguesa de los Pereira, de sus vacaciones en la casona solariega del tío Duarte Pereira y de la tía Guiomar, etc. Su interés crece hasta interesarse por detalles como la biblioteca, el agua de Vidago que bebía el tío y el error en los esmaltes del escudo de la Casa. De repente, el narrador se desentiende de la historia con un giro displicente: "Todo esto de Portugal se me ocurría a mí con los calores que le ablandan a uno la sesera" (p. 59). El fabulador no puede desprenderse de su mayor vicio (la mentira) (p.97); pero ante el ingenio todo se perdona.

Un libro de cuentos no es una mera yuxtaposición de relatos sembrados y dispuestos al azar. Han de obedecer a una secuenciación ordenada y coordinada, con el fin de que tenga unidad, guarde coherencia y proporción y no se convierta en un simple montón de historias. En esta composición unitaria, menos patente y visible, Pereira derrocha casi tanta maestría como en el hilvanado del discurso. En *Cuentos de la Cábila* elige con tino y proporción los temas que preocupaban a los niños de la época. Son acontecimientos que, con distintas epifanías, reaparecen a lo largo de todo el libro, otorgándole unidad temática. Veamos algunos.

Los cambios generados por los acontecimientos políticos que le toca vivir (Monarquía, República, Guerra y Dictadura) son como las vértebras de una espina temporal que atraviesa el libro. Por razones de verosimilitud, narra las repercusiones que afectan al niño: cambios de maestros, modificaciones de planes de estudios, colorido de los desfiles y manifestaciones, viaje a Burgos, etc.

La educación familiar es otro de los goznes del relato. Allí aparece constante la figura del padre, fuerte de cuerpo y recio de carácter, económico en el gasto, exigente en el trabajo y en la moralidad, preocupado por el futuro de un chiquillo aficionado a la poesía. De alguna manera se percibe en Pereira un intento de justificación de su trayectoria ante la figura paterna, de cuya fuerza y voluntad se siente proyección. Así lo deja traslucir en unos hermosos versos publicados en *Del monte y los caminos*:

De tus manos llevabas  
mi vocación cogida  
y mis pasos se hacían  
memoria de tus pasos. (Contar y seguir, p.75)

La educación sentimental, el asalto al amor, tan importante en el desarrollo de la personalidad, queda reflejada en el libro de Pereira con páginas memorables. Su enamoramiento infantil y consiguiente declaración a Carmencita se ve brutalmente quebrada por la bofetada del cura Don Manolo:

"-Este listillo del Otro Lado pretendiendo a la nobleza, a saber lo que dirían los (aquí el apellido ilustre).

No recuerdo en mi vida humillación más dura. Que me acercara a su mesa carnilla. La mole negra y bronquítica de la sotana se levantó para la bofetada, una sola bofetada, quemante". (p. 13).

Su predilección por un canon estilizado de figura femenina halla justificación literaria en el capítulo "¡Manos arriba!", donde queda abrumado por las exuberancias de Doña Celina:

"No, no, eso no lo había visto yo nunca, la mujer que se planta en medio del cuarto y mirándome derechamente se saca entero un seno, qué seno ni qué leches, una teta enorme que sostenía con sus dos manos apuntándome con el pezón oscuro, ¡*Manos arriba!*, obedecí por instinto, como si alguien con un revolver hubiera gritado realmente la orden" (p.69).

Los avatares del primer plan amoroso se reflejan en "La pirotecnia", cuando en medio de la soledad prometedoramente insensata compañera enciende una cerilla en un almacén de pirotecnia y rompe la magia. "La Orbea del coadjutor" refleja el fracaso ante lo posible. Lina, la veraneante madrileña que reinaba en las tardes del Círculo Mercantil e Industrial, representa la atracción de lo inalcanzable.

De todos los temas que aparecen o brotan en el libro, posiblemente sea la vocación literaria del narrador la que con mayor frecuencia e intensidad invade sus páginas. Es el *leit-motiv* que nos llega de forma indirecta desde todas las bocas. Para todos los protagonistas, el muchacho es "el poeta", "el vate" o "el Espronceda". A través del sentimiento paterno conocemos su afición literaria:

"Aprobaba mi inclinación hacia la literatura. Que leyera. Le enorgullecía que su chico pudiera escribir lo que él acaso tendría escrito si le hubiesen dado los conocimientos" (p.9).

Su fama de buen narrador le otorga carta de parlamentario ante el munícipe. Los otros -siempre los otros- le encomiendan: "¡Tú, habla tú por todos, que para eso se te da bien la redacción!".

En un libro donde la vocación poética es tema central no podía faltar una referencia a su primer acto de consciencia literaria. En una redacción impuesta en el examen de reválida sobre la *Pulchra leonina*, apunta el narrador:

"Leía mucho, todo lo que caía en mis manos, y soñaba con ser escritor. Decidí quedarme en el pupitre y empezar mi carrera. En el papel sellado escribí cuatro palabras, las primeras que salieron de mi pluma con intención literaria: "La intrépida locomotora silbó" (pp.27-28).

De su primera publicación deja constancia en "La Orla" El capítulo constituye también la primera queja contra la indiferencia de los lectores y la escasa sensibilidad de los editores, que publican sus décimas o espinelas al final, sin orla, "avasalladas por un poderoso anuncio de Saneamiento y Calefacción" (p.63).

Fruto de su vocación literaria es la confesa devoción por los poetas consagrados, como don Antonio Carvajal al que visitaba en su casa de la calle del agua, Tal admiración no estaba exenta de riesgos. Algún eximio pintor de fama internacional podía aceptar una invitación a comer y agotar todas las existencias de la casa y de las tiendas vecinas. La reacción del progenitor es antológica:

"Mi padre en sus adentros se cagaría en la leche. Pero dijo:

-Maestro, es una gloria verlo comer, así se conserva de bueno y que sea por muchos años para honra de nuestro pueblo" (p.89).

En vocación tan señalada no podía faltar la enfermedad de los poetas: la tuberculosis. "Comprendí que mi vocación era esa, la de poeta tuberculoso. Los días me pertenecían. Tenía tiempo para leer -me prestaban los libros, increíble que en mi pueblo hubiera tantos libros-, largas horas para escribir versos garcilasistas..."

En esta obra Antonio Pereira no se propone escribir unas memorias de infancia y juventud en las que se le exija decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad". Su visión es fundamentalmente estética y de ello se apresura a dejar constancia desde el inicio, desde el título: *Cuentos de la Cábila*. Cuentos, no memorias. Sin embargo, no nos dejemos engañar una vez más por este embaucador. Debajo de la peripecia magistralmente llevada, existe más verdad de la que confiesa. Subsisten las esencias. Allí está la figura del padre rígido y justo, preocupado por el futuro de su hijo. Allí está la madre, más oculta y silenciosa, solucionando los problemas de cada día. Allí está aquel niño debilucho, niño de la Cábila por más señas, que persigue el reconocimiento familiar, social y sentimental a través de una vocación literaria. Allí está Antonio Pereira que, desde la atalaya de los años, poeta y prosista consagrado, complacido y agradecido, vuelve sus ojos hacia aquel pretérito imperfecto que ha cimentado este presente para escribir lo que podríamos llamar, con el permiso de Joyce, el *Retrato de un poeta adolescente*.